Fragmentos de un diario acerca de las aguas

(Marionetas de la luna en las fuentes de agua)

HÉCTOR MAGNI

FRAGMENTOS DE UN DIARIO ACERCA DE LAS AGUAS

(MARIONETAS DE LA LUNA

EN LAS FUENTES DE AGUA)

HÉCTOR MAGNI

HECTOR MAGNI

ISBN: 950-43-2710-9
EDICIÓN DEL AUTOR
Hecho el depósito de Ley 11.723
Impreso y Editado en Buenos Aires
República Argentina

Primera Edición – Marzo 1989

FRAGMENTOS DE UN DIARIO ACERCA DE LAS AGUAS

(MARIONETAS DE LA LUNA EN LAS FUENTES DE AGUA)

(Narración)

HÉCTOR MAGNI

Extrañaba ver con cuánta piedad se trataban ahora los hombres unos a otros.

Siempre soportábamos las inundaciones.
A menudo con un prolongado y excesivo esfuerzo. (Aunque a decir verdad creo que nunca soportamos las inundaciones, si bien después nos acostumbramos).
El cambio que nos producía el nuevo estado de cosas era muy brusco y rápido. El final de cada lluvia, ante la cual cobró vigor nuestra costumbre de ver transcurrir el tiempo silenciosamente, apenas nos aliviaba.
Aguardábamos cubiertos de pena, la detención de ese movimiento rutinario que nos imponía un lenguaje, un idioma, un ciclo de existencia, diferentes.
Nada nos detenía pensar que esta vez y de manera distintiva, las inundaciones no terminarían nunca.
El agua penetraba aquellos lugares, por donde nos permitíamos mirar entusiasmados el mundo exterior , y debíamos volver el rostro presurosos, conteniendo la respiración, cerrando los ojos, no sin mucho esfuerzo, lo indispensable.
(Pero, ¿qué era lo indispensable, establecer una nueva postura en el mundo a través de un tiempo transitorio?).

Largamente permanecíamos mirando las aguas ; nuestra curiosidad pretendía hallar en su inconmensurable rostro de mujer divina , en sus ojos turbios
y al mismo tiempo claros, una confesión milagrosa .
Una voz que clamase por una liberación colectiva .

Ante el avance de las aguas en nuestra ciudad los habitantes abandonaban sus tareas habituales y salían a las calles preocupados, pero con cortesía, deseosos de ser guiados por quienes marchaban hacia la plaza central, punto de concentración para la partida.
(El rápido paso de las gentes por las calles del pueblo, era seguido por la mirada de los más ancianos).
(Con paso presuroso, jóvenes mujeres transportaban víveres y medicamentos, hacia las zonas portuarias. Los muchachos cargaban ajustados paquetes de ropa, pesadas maderas y sogas; los niños conducían algunos animales).
Todos los pobladores mostraban un celo extraordinario por ultimar los preparativos para la partida, sobre todo ante algo que, como las inundaciones, se creía factor de desequilibrio biológico; se movilizaban temerosos pero al mismo tiempo con mucho fervor.
(Cuando la mayor parte de la muchedumbre se concentró en el centro del parque, las maestras comenzaron a tañir las campanas de las escuelas con su mirada fija en los círculos humanos que se formaban, esperando impacientes algún acontecimiento).
El rumor acerca de un fenómeno inexplicable fue transformándose en un hecho verosímil.

Se creyó que nuestra ciudad desaparecería bajo las aguas definitivamente, como otras tantas ciudades , y que ya no podríamos retornar nunca más a ella , como habitualmente lo hacíamos al descender los caudales . Esta verosimilitud dada por la *aparición de las aguas dentro del templo principal* , hizo poner en movimiento a toda la población . Cuando los fieles entraron al templo inundado , las sagradas imágenes de mármol caídas estrepitosamente , habían marcado el suelo con su golpe . Tratando de relacionar este hecho con la eterna ira de los dioses para con los pecados del mundo, advirtieron algo muy extraño.

El dibujo que las aguas describían sobre el mármol, poseía una rara forma, semejante al cuerpo de un animal irreconocible sobre el cual veíamos nuestros rostros. Una gran cabeza de ave, que a continuación las aguas formaban sobre los pliegues de la escalinata del altar, completaba el cuadro de la extraña figura.

¿ Sería un nuevo dios contingente ? .

. . . . . .

A través del marmóreo silencio del templo parecían escucharse, a intervalos, débiles murmullos, inentendibles
voces, como provenientes de una cercana
selva, mientras contemplábamos nuestra figura reflejada
en la superficie de las aguas, tersa y límpida
como un espejo.
(A estas aguas (que desconociendo toda peregrina devoción tragarían coléricas aún a aquellos que más las amáramos), ¿qué nuevo ceremonial piadoso, mezcla de sucintas religiones, ofreceríamos para rehacer nuestra fe ?).

. . . . . .

**El culto a los dioses otrora poderoso, ahora sumamente debilitado, exigía un verdadero renacimiento
de los sentimientos y la imaginación.
La incorporación de un nuevo objeto de culto se imponía.
Todo aquello que en un comienzo era una ofrenda para el santuario, transcurrido un cierto tiempo, pasaba a formar parte del culto.
Los tules que llevaban las mujeres, trenzados o envueltos en sus cabezas, se abrían ahora en todo el templo como abanicos negros, mientras ellas de pié ante las aguas vociferaban lamentos y súplicas de extraño significado, de difícil comprensión para quienes silenciosos presenciábamos sus manifestaciones.
Sobrecogía a todos la virtual idea de haber sido conducidos por el perfume de las flores y la llama de las velas hacia un misterioso símbolo que poseía mucho de desdicha, más que de testimonio, para alzarnos hacia la búsqueda de un diós verdadero.**

. . . . . .

Los dioses satisfacen la eterna necesidad que tienen los hombres de alimentar una esperanza, de tener sobre todo en el sufrimiento, a alguien que los compadezca y ayude. Esa misma necesidad aparece en el niño cuando se da un golpe y se arroja en brazos de su madre para que le bese y frote el sitio dolorido. La esperanza de hallar un alivio es lo que le consuela.

Las ofrendas realizadas a los dioses tenían que ver sobre todo, con el deseo de los fieles de poder lograr cierta felicidad en los días futuros.

Algunos creían que quienes mejor se asemejaban a las aguas, resultaban ser los espejos y que siendo el hombre semejante a esas aguas, a esos espejos, velada calma en las profundidades, con ellos debían cubrirse las paredes interiores del templo.

Otros replicaban a esta idea que se debían inmolar cien bueyes, consagrar la encina, considerada entre todos los árboles emblema de fortaleza, y depositar pequeñas sumas de dinero en los canastos, para no estar las almas condenadas a vagar, por las orillas de la laguna Estigia, al morir.

Un tercer grupo, requería ahora en los altares imágenes de aquellas ninfas del mar, las Nereidas, que otrora habían recibido culto de los navegantes, porque ellas tenían el poder de calmar las tempestades.

Es precisamente la posibilidad de realizar un sueño o de crear de alguna manera un dios que nos brinde protección, lo que hace la vida interesante.
Mas cuando esa posibilidad se transforma en sufrimiento, es conveniente distinguir entre aquellos solitarios dioses de piedra, que conservan el diario resplandor del sol, y esos otros que como altos faros, parecen provenir de ciudades luminosas muy pobladas.

. . . . . .

La comunidad había sentido un profundo vacío religioso. Deseaban todos, saber el lugar que ocupaban los dioses ahora.
Pocos pudieron resistir la tentación de volver la cabeza hacia el cielo; otros se retiraron cabizbajos, arrastrando los pies y mirándose entre sí. Aquellos se sintieron apenas liberados por una sensación de esperanza, éstos se vieron atrapados por las variadas formas de su incertidumbre.
El desconcierto era general. Sin embargo nadie quería mostrarse perturbado por su falta de fe.
Los magistrados hablaron con ostentosas voces, profiriendo gritos de alarma a todo el pueblo, menos por un sentimiento de protección hacia la gente, que por un sentimiento de desconfianza hacía sí mismos,
hacia la propia conducta a seguir ante los hechos.
Por momentos se los veía no ya desesperados, ni siquiera temerosos, sino ridículos.

. . . . . .

La gente se agolpaba ahora en mayor cantidad visiblemente confusa.
Varias personas formaban un círculo semiabierto sobre las calles, devotamente arrodilladas.
Un hombre de blanco delantal y pequeñas gafas no parecía compartir del todo la sorpresa prevaleciente; ante el tumulto piadoso se vio obligado a abandonar la congregación, con un contagioso estallido de risa desde su rostro de ojos salientes y oscuros.
Posiblemente
tenía su propia teoría sobre las aguas.
Algunos pobladores se reunían en pequeño número, apiñados unos a otros en las esquinas de las calles murmurando, emitiendo cada uno su imprecisa opinión; otros, se retiraban con los ojos cerrados y el paso distraído, sumidos en una meditación silenciosa y profunda.
Hubo quienes sintieron un mundo insospechado detrás de cada objeto inanimado.
Para muchos, el encanto de acariciar las aguas en las zonas límites de la ciudad antes de las inundaciones, tenía un gran poder de sugestión.
Ahora, provocaba tan profundo desagrado el crecimiento de los ríos, que estaban dispuestos a levantar murallas a lo largo de la costa, roca sobre roca, para pacificar las aguas, hasta tornarlas serenas como las del Leteo, el río del

olvido, donde se refrescaban los hombres y se purificaban, para perder el recuerdo de los males que habían cometido.
Su voluntad contrastaba con la de aquellos magistrados que, prácticos en discurrir doctrinas y pronunciar largos discursos exhortativos, reflejaban con razones bien fundamentadas su escepticismo, su renuncia a huir de la ciudad, recordando unas antiguas teorías sobre la finitud del universo. Se justificaba por ellas la imposición irrevocable del destino.
La situación pública se presentaba muy incierta y nadie poseía un ánimo dispuesto a la búsqueda de soluciones teosóficas.
Las jóvenes mujeres que daban a luz en esos días, contaban con un ambiente propicio para mantener los niños ocultos; permanecían casi insensibles a la incertidumbre de esos días, hasta que sorprendidas y circunspectas se dejaban llevar, para no ver, para no sufrir.

Extrañaba ver con cuánta piedad se trataban ahora los hombres unos a otros.

El nivel normal de los caudales se incrementaría en subsiguientes días, a medida que impacientes, los voluminosos torrentes fluviales, fuesen descendiendo desde el Norte.
El promedio de crecimiento por centímetros diarios en el Sur era de dos veces y medio más que lo normal; aunque fue meritorio el refuerzo de las defensas y el fortalecimiento de kilómetros de terraplenes extendidos a lo largo de toda la costa soportando la presión, las villas ribereñas y los clubes náuticos quedaron ocultos bajo las aguas.
El servicio de balsas y las operaciones portuarias, cuando los registros hidrométricos alcanzaron los mayores guarismos, fueron suspendidos.
Se solicitó la adopción de medidas previstas para situaciones de emergencia económica.
La principal usina, la planta potabilizadora de aguas, los elevadores de granos, fueron protegidos por cercados; los puentes cuyos resistentes y gruesos muros se asentaban en tres o cuatro metros de limo, fueron apuntalados con amplias bases de madera y metal.
En importantes zonas cítricas y cerealeras se detectaron peligrosos socavamientos.

Cuando tomamos la decisión de abandonar nuestros hogares y subir a bordo de rudimentarias balsas, fuimos transportados rápidamente por unas aguas coléricas y algo rojizas.
Vimos pasar cerca nuestro el campanario del templo, el escudo municipal, muchos instrumentos de labranza y el gran reloj del parque.
Los niños más pequeños sobre las ondas de los ríos se esparcían con incesantes voces, clamando bajo el cielo oscuro como un trágico coral de cobrizos danzarines; las mujeres y los hombres, ya habituados a tales desgracias, viajaban en precarias balsas, provistos de un amor secreto a los caminos más claros, reclamando una extinguida recompensa.

Quienes detenidamente observábamos el movimiento ondulante de las aguas, no teníamos temor de equivocarnos al hallarlo semejante al Destino de los hombres : turbulento.

. . . . . .

Antaño se creía que los dioses nada podían sobre el destino, que éste les estaba impuesto de antemano y debían resignadamente, subordinarse a él.
Que incluso eran instrumentos del destino, mediante los cuales éste podía cumplirse.
Nacido del Eter y del Día, el Destino era una divinidad todopoderosa a quien todos

los dioses estaban sometidos, puesto que
disponía de la suerte de los mortales.
Las plegarias de los dioses y de los hombres
no hacían vacilar su justicia.
Cuando Prometeo robó del Olimpo las artes
y las ciencias para entregárselas a los hombres,
Júpiter envió a Pandora en busca de él,
para que le diese una caja con sorpresas;
desconfiado se negó a recibir a la mensajera
y su presente.
Pero Epimeteo, su hermano, que estaba allí,
seducido por la hermosura de la joven, y
llevado de su curiosidad, abrió la caja fatal,
de la que huyeron en el acto los males y desgracias
que desde aquel entonces horrorizan
la tierra.
Cuando Epimeteo cerró la caja, sólo quedaba
en ella la esperanza, único bien que sostiene
a los mortales.
El Destino, a través de los dioses, había
culminado la creación del hombre.
¿ Ante qué nuevo destierro nos enfrentaba
el destino ahora ?.
¿ Estarían ocupándose los dioses de nosotros ?.
Ver a tantas familias languidecer en su paso

por los ríos, ¿ no invitaba a pensar en un nuevo sacrificio?.
Pero en este caso, ¿ qué podíamos ofrecer sino ausencia de sangre?

. . . . . .

Los cuerpos transportados por las aguas a través de los ríos menores iluminados por el sol, adquirían una fisonomía nueva. Por momentos, algo cambiaba en los rostros expuestos, como si se desfigurasen unos o tomasen un peculiar brillo otros. Lo que una larga vida había conformado parecía desaparecer o animarse extremadamente, de acuerdo con cada ser.
Mientras pasábamos cerca de otros pueblos, veíamos cómo algunos pobladores observaban inquietos desde sus casas temporarias, las calles desiertas que se anegaban precipitadamente. Los faroles arrancados en forma brusca, se estrellaban aún medio encendidos contra el pavimento. Vidrios y metales rodaban por las

calles hasta ocupar un lugar en las aceras abandonadas.
Gran cantidad de alimentos como siempre ocurría, se perdían sin rumbo preciso; otros eran recogidos pero en un estado que obligaba volver a arrojarlos a las aguas, más que despedazados.
Grandes envases conteniendo frutas y cereales debían ser abandonados, pues las aguas dejaban en ellos la impresión de ser, extraños musgos arrancados de sus raíces, y transportados ahora oscuramente en medio de lentos temblores marinos.
Lo más notable de todo era la reaparición momentánea sobre la superficie de un antropomorfismo acuático. Hubo numerosos ejemplos de familias enteras que sobrevivían flotando sobre las aguas, adquiriendo en la superficie lo necesario junto al oxígeno exterior.
La temperatura de los ríos era la normal para estos casos.
Envolvíanse en sí mismos, adoptando una postura casi fetal y estacionaria, tratando de evitar, que las aguas se los llevasen.
En poco tiempo se visualizó mucha más gente adoptando igual postura.

Esto no planteó ningún problema mientras fueron siendo individuos aislados y pequeños grupos, pero cuando el tamaño de esa masa humana y su espesor fueron en aumento, el problema por obtener suficiente alimento se hizo grave y restrictivo.
Presionando fuertemente con sus cabezas permanecían en estas posiciones y no se movían durante algún tiempo.
(Después las aguas, a través de un movimiento lento y continuo, los arrastraban hacia otras corrientes, silenciosamente . . .)

Cuando el pájaro va a morir, su canto es triste; cuando el hombre está cerca de la muerte, su silencio lleva el sello de la verdad.
En el mundo hay dolor, enfermedad, desamparo. Debemos consultar a Diós acerca del sacrificio de tantas vidas humanas por doquier.

Cuando arrastrados por las aguas llegamos a las zonas rurales, observamos centenares de animales, muchos de ellos muertos, transportados de un lugar a otro.
Las lluvias torrenciales provocaron el desborde de ríos y lagos con la consiguiente pérdida de las cosechas en la región. Rutas cortadas, puentes caídos estrepitosamente, servicios públicos interrumpidos. Los centros de emergencia dispusieron enviar su ayuda cuando todo era demasiado tarde. Tiempo después quedaron sumergidos también varios de ellos.
Los medicamentos, mantas y alimentos, flotaban junto a los postes de telégrafo y sostenes de energía pública.
Muchos hombres instintivamente movilizados, se aferraban a sus semejantes sobre los altos muros, pudiendo evitar así el tenaz paso por las peligrosas zonas de aluvión.
El agua en muchos lugares permanecía estancada y aumentaba su volúmen, al superar la capacidad de absorción de las capas terrestres; por lo cual las extensas galerías de viviendas de adobe y paja, las más humildes, eran tragadas por estas furias naturales al removerse sus bases fácilmente por la continua erosión.

Desaparecían como desaparece una aguja en la inmensidad del mar.

(Siendo las condiciones climáticas inestables, la posibilidad de una nueva fricción y desviación del cauce de los ríos iba en aumento.
Muchos recalcaron el mal estado de las bocas de tormenta que no alcanzaban a drenar las copiosas lluvias).

Una voz se destacaba entre las demás y precipitaba el paso al cruzar por el Río Mayor, turbulento afluente del Atlántico, esa masa oceánica que con renovado vigor, impulsaría nuestros cuerpos hacía un incierto destino. Algunos débiles ancianos emitían gritos aislados, sin sentido aparente. Desconsolados al perder toda esperanza en una salvación pronta, se tornaban mudos repentinamente.
Varias mujeres echaban mantas sobre sus niños dormidos, y afirmaban que así como aquellas agrupadas almas que Caronte transportaba en su barca a través del Aqueronte, viajaban desconsoladas hacia las puertas del Tártaro, de igual manera culminaríamos nosotros en los próximos meses de no hallar un páramo en la tierra.

(Los enfermos, con sus padecimientos, emprendían silenciosamente el cruce de las aguas.
A la luz del sol la superficie de sus rostros
se mostraba conmovedora, pues al descubierto
el dolor , al igual que la extremada risa ,
representa el único y último vínculo por el cual
se sostiene la vida antes de perderse) .

. . . . .

Cada hombre en ese tiempo poseía un atributo especial, que le confería su fe, mayor aún que el temor y la incertidumbre.
Algunos construían pequeñas bóvedas en el centro de los campos apartados, y colgaban de ellas junto a extraños símbolos; luego las derrumbaban sugiriendo con ello que los templos de los hombres son de corta vida.
Otros recomendaban los beneficios de una mejor disposición del rostro, para una correcta y sana respiración durante la travesía marina.
Y hubo quienes en los suburbios de las ciudades , balbuceantes , vertían lágrimas sobre sus delantales y sus manos, antes de partir .

Aferrábanse todos con intensidad
a los objetos más íntimos
o a quienes mejor sonreían.

Muchos, arrollados por la furia del mar y abandonados en otras poblaciones, junto a las puertas de casas semi-derruidas, al cabo de unos segundos, resolvían emprender la marcha hacia las regiones apartadas de los mares, y no hacían sino alzar la voz y levantarse, para caer impotentes e inermes en el mismo lugar . Prolongaban estas intenciones hasta que el agotamiento los obligaba a detenerse. Quienes luego de un prolongado intervalo los retiraban, se encontraban con hombres que sacaban su lengua intermitentemente como palpando el mundo físico exterior; sus cabezas de perfil en actitud dramática, dobladas las orejas como bolsillos; y su cuerpo, sobre todo sus piernas y sus brazos, con un estremecimiento bien perceptible, intentaban un supremo esfuerzo por trepar las paredes en ruinas. Al ser retirados, desprendían sus vestidos y sacudían la cabeza como diciendo a todo que sí, ante la cierta perplejidad de quienes los observaban. A nadie miraban. Habían fracasado y debían unirse a las migraciones si deseaban continuar sin retrocesos.

. . . . . .

**Hay miedos presentes por demás débiles
que no se mantienen en nosotros sino por
otros temores futuros más arraigados.
Y fueron los temores de lo porvenir, los
que condujeron hacia una actitud extrema
y equívoca a muchos hombres y mujeres
que sufrieron como ebrios, visiones de las
aguas: concentrar los productos de granja,
las frutas y cereales, que antes circulaban
libremente en los mercados,
en pocos centros de abastecimiento.**

**(La avanzada desnutrición provocaba
malestar y desasosiego) .**

Ya desde un principio las calles se mostraban
pobladas por numerosos animales hambrientos,
(en su mayoría perros)
que luego morían.
Algunos se sumergían hacia adelante,
cubriendo las aguas su cara, mientras
extendían torpemente sus patas; otros,
caían de costado sobre la tierra con
momentáneos sacudimientos de cabeza,
su hocico entreabierto, sus finas y delicadas
patas recogidas; su último desfallecimiento
era un ahogado grito de dolor
en la húmeda penumbra.
Cuando morían, algunos permanecían
ocultos en las entrañas abiertas de la
tierra; otros, flotaban sobre las aguas.
Algunos pocos morían incrustados en
las columnas de los templos.
Estos luego, con el tiempo, mostrábanse
como el cordero, en las imágenes principales.

. . . . . .

Para poder ser, una mañana
la ciudad con su vigía
desaparecen.

**Nuestra serenidad provenía de aproximar,
no sin mucha dificultad nuestras balsas,
una al lado de la otra, para resistir
la fuerza de los ríos durante la navegación.
Teníamos en nuestra posición cierta similitud
con las algas, pues carecíamos de
tallos y raíces que nos aferrasen,
y mudábamos siempre de lugar.
Algunas embarcaciones, no contentas con
esta postura colectiva, se abrían paso
hacia diversos tipos de ambientes y caminos
concebibles : pantanos, deltas de ríos
o aguas dulces de pequeñas cascadas.
Los únicos lugares donde no podíamos
penetrar, por lo menos sin modificar
nuestro método de nutrición y racionamiento,
eran los apartados sitios
desprovistos de luz.
Es de advertir que en las prolongadas
inundaciones sufridas, no concebimos demasiada
importancia al lugar desconocido hacia el cual
nos conducíamos, o cuando nos deteníamos,
si la duración de esa detención se prolongaría
en sus formas diversas, sino a la necesidad
de captar luz con la mayor eficacia posible. La luz
formaba parte de nuestro alimento, como la carne
y el vino diariamente.**

A medida que avanzábamos hacia las costas doradas por el baño solar, nuestra piel adquiría un color más oscuro, tonificado, de sana alegría.
Se percibía un olor a aceites, propio del perfume que exhala la piel cuando respira.

. . . . . .

Hoy día el hombre las encuentra por lo común, ajenas a su espíritu y a su pasado. Pero la historia ha comparado repetidas veces por naturaleza al hombre con las aguas.
Estas mismas aguas, (entregadas primero a un arrebato prolongado que provoca entre las gentes tantas víctimas injustas, y luego adormecidas y pacíficas hamacándose en un tiempo de olvido y bonanza) ¿ no son acaso la imagen pura del hombre mismo? .

. . . . . .

Mientras avanzábamos por los ríos menores, encontramos numerosas casas habitadas por pescadores del litoral, que ahora poblaban sus terrazas.
En una de ellas, vivían muchos niños sobre un entarimado de cedro. No se daba nunca el caso de que las aguas llegasen a cubrirlos; por eso ellos permanecían sentados, (como quienes habitan en silencio los hospicios, imaginando ese otro mundo que sólo ellos conciben) con la mirada puesta en el vacío.
Sus rostros vueltos hacia la tierra, semejaban el frágil perfil de la espiga del trigo.
Con mucha parsimonia en esas regiones, las aguas llegaban y no parecían querer darse cuenta de la timidez y reticencia que provocaban en quienes esperaban del otro lado de las puertas.
Para evitar el sufrimiento de ver cómo las aguas arrastrarían las pocas cosas que quedaban, cuando se introducían en las habitaciones, los ocupantes, ahora en las terrazas, tornaban sus rostros hacia el cielo y no miraban. Las aguas atravesaban las habitaciones una a otra y ni siquiera el más audaz nadador estableciendo un sólido control podía detenerlas.

**Cuando todos dormían, parecía como si las
aguas ya no creciesen y emprendiesen el regreso.
(Siempre parece lo mismo; mas sólo parece).
Todos se encontraban solos, acostados o sentados
sobre los techos de las casas, puesto que
también las sillas y las camas desaparecían sumergidas
en una forma muy curiosa,
de a ratos, y nadie sabía
hacia dónde se dirigían, adónde ir a buscar
todo lo perdido. Muchos de esos pescadores se
arrojaban al agua desde los techos, y caían y morían
junto a los peces. Quizás pertenecían a
los pocos seres que eligen su destino.
La extrema dignidad que impusieron a sus
actos, oscureció por momentos, el penoso
sacrificio que les demandó aceptar resignados,
la insufrible pérdida de todo aquello que
podían tocar con sus manos y acariciar con
sus ojos.
Para quienes vivían en los sótanos mugrientos,
debajo de la planta, sin poseer demasiado
contacto con el mundo exterior, el repentino y brusco
cambio les produjo un castigo mayor
que el de su encierro. Y salían a la superficie
de manera violenta. Cuando las aguas crecían
se escuchaba un murmullo que luego
se transformaba en grito abierto, como si el mismo valle
cantara entre pesares, sus años de silencio.**

Quienes optaban por el claustro en los sótanos, se apretujaban aún más y lloraban desconsoladamente por temor a que sus familiares, enfrentados ocasionalmente con la furia de las aguas, fuesen arrastrados mortalmente por éstas.
Por eso no salían; allí esperaban el retorno de los seres amados.
Algunos llegaban a resistir durante varios minutos la dilatación de los pulmones. Por eso al exterior no se mostraban y allí obstinados permanecían.
Mudos rostros desdichados y serenos, se interrogaban con extrañeza y procuraban entenderse.
A veces se tornaban acusativos. Casi todos después de un cierto tiempo, perecían ahogados, con los ojos grandes y abiertos.

. . . . . .

Muchos no advertían el sigiloso paso de las epidemias, y continuaban inamovibles en sus sitios, con las particulares tareas que poblaban sus horas.
A veces se confundían los espantosos gritos de los animales que sufrían el racionamiento de víveres y la escasez de agua potable, con los gritos no menos horribles y sonoros de los hombres, enclaustrados por propia voluntad en los templos para repetir oraciones y conminar a sus dioses.

. . . . . .

En este punto , el autor cree necesario aclarar , que debido a que este relato se realizó largo tiempo después que sucediesen los hechos , su memoria combina realidad y fantasía ,
en cortos comentarios sobre el avance de la aguas en nuestra población ,
y breves reflexiones sobre aspectos del ser humano .
Recurre entonces a la buena voluntad del lector , que debe soportar esas licencias narrativas , para que con su sensibilidad e imaginación , reúna y ordene esta alegoría , en lo más profundo de su espíritu .

. . . . . .

Hoy los hombres olvidaron la justicia,
la solidaridad, y el ser piadosos, volcando sus horas
solamente en el culto al cuerpo,
a la belleza física.
En la antigüedad, en muchas civilizaciones,
no era alumno y discípulo de los dioses el
más belicoso de los hombres sino el más justo.
Sus opiniones imponían el respeto de todos.
Los hechiceros y magos de las primitivas tribus,
hablaban, aconsejaban, instruían, y sus palabras
eran consideradas sagradas, por toda
la comunidad.
En el Oráculo de Delfos, durante los días necesarios
para que el dios manifestara sus decretos,
la sacerdotisa se bañaba en una fuente para
purificarse; bebía el agua profética y mascaba
las hojas de laurel que crecían a orillas de esa
fuente. La presencia del Diós la anunciaban
relámpagos y truenos, que hacían temblar el templo.
La pitonisa entonces entraba en un cierto furor
divino; sus cabellos se erizaban, salían espumarajos
de su boca, dejando escapar gritos inarticulados.
¿No provenían entonces estos gritos sagrados
directamente de los dioses?
Los sacerdotes consignaban e interpretaban estos
gritos antes de darlos a conocer a los creyentes.

¡ Oh señor, nos trajiste al mundo,
existimos;
pero son una misma cosa
el dolor y la vida ! .
¿ El día del juicio final
también serás juzgado . . . ?

Una vez que hubo cesado la precipitación pluvial, cruzamos las aguas tranquilas, límpidas y verdosas del Río de los Médicos. Dirigidos hacia las costas del Norte, de inmediato divisamos una ancha faja de tierra oscura, con diseminadas incrustaciones de mármol, en cuyo centro elevábase un pequeño templo blanco : era el cementerio. Al pisar las arenas todavía húmedas e internarnos en esas tierras de escasa altura, se observaban con detalle enigmáticas figuras humanas, que recorrían presurosas las sepulturas. Mientras la tenue luz lunar encendía sus empalidecidos perfiles, nos anunciaban que cualquier desgracia o enfermedad que sufre el hombre, no es sino transitoria, aún la muerte. Que si bien nuestro heroísmo nace de la debilidad y sufrimos la necesidad de fortalecernos, mayor debería ser nuestra preocupación por encontrarles al polvo y al hueso, un nuevo destino .
(Si fuimos tolerantes con el fantasma de la muerte era porque nuestra gente, padecía en extremo las limitaciones de la vida con mucha esperanza, y nuestro paso por el mundo consistía en cierta forma, en ocuparnos del prójimo exactamente igual que de nosotros mismos) .

Como aislados de la vida por un raro
espejismo yacían, hacia un costado de la costa
bajo el sofocante calor y la mortecina luz,
resecos y tiesos, varios cuerpos extendidos
dentro de un amplio cráter de arena blanca.
Ante las sepulturas dispersas ardía un fuego
y al lado de cada fuego, unas mujeres arrojaban
puñados de sal sobre la tierra. Esas antorchas de
las sepulturas siempre se extinguían fácilmente
con las aguas; algunas permanecían encendidas
más tiempo que otras hasta que finalmente
también dejaban de arder.

(Mas había una sola antorcha en la tierra,
capaz de proveer a los hombres de un sentido,
imposible de apagar : la antorcha de sus propias
pasiones. De ella surgía siempre la riqueza
de otro Mar, de otra vida).

**Por la vertiente fuimos conducidos a la deriva.
Flotamos sin rumbo un largo tiempo hasta
que amaneció. La nueva luz del sol proyectó
a lo largo de las aguas, las sombra de los sauces
bienhechores. La proximidad de una costa
desconocida y desolada nos brindaba un cierto
páramo para el reposo.
Vencidos por el sueño descansamos sobre
la ondulante inmensidad de las aguas,
siempre próximos al horizonte. Al despertar,
inmóviles y expandidos, unos pétalos naranja
posaban sobre mis pupilas. Los árboles
empujados por el viento hacia una agitación
pronunciada, exhalaban el aroma de las
hojas frescas. El frío matinal y una constante
lluvia de polvillo permitían aún,
al entornar los ojos, observar la bahía
de los camalotes extendidos a lo largo del río
como una sábana vegetal. La flor del Irupé
abierta como una enorme oreja sub-acuática,
parecía percibir sensiblemente nuestra pena.
Cuando las nubes se dispersaban ante el avance
paulatino del sol, vímos un hombre y una mujer
desnudos, bañarse bajo las aguas de una cascada,
y nos parecieron por demás hermosos, puros y
divinamente eternos. Vímos el agua clara
romper contra sus pechos generadores,
cubriendo de blancura y espuma sus jóvenes cuerpos.**

. . . . . .

**Los hombres buscan poesía en las cosas que
su corazón les dicta.
Si hubo en nosotros una cierta confianza y una
profunda fé en cada nueva migración que
organizábamos, ello se debió únicamente a los poetas.
Todo el amor con que realizaron su tarea fué
por demás significativo y auxilió nuestra desazón.
(Cuando viajábamos por los estrechos canales,
algunos de ellos preferían la abundancia del silencio
salida de las profundidades del bosque,
y se recostaban solitarios sobre la tierra húmeda.
Otros, encaramados sobre ligeros troncos,
agitaban sus brazos contra el cielo, denostando
a los dioses como suelen hacerlo los desesperados,
cuando poseen la certeza de que ya no se vive nada
que sea duradero).
Indefensos ante la muerte, demasiado preocupados
por la vida, comprendían que el camino hacia
las nuevas tierras y ciudades debía ser seguido
más que para salvar a los hombres,
para mostrarles cómo se debe vivir.**

En alguno de esos viajes a través del Río
de los Griegos, hacia la región de los Grandes
Lagos, uno de ellos nos habló del mar.

Nos dijo que el mar tiene unos pocos centímetros
de longitud ante la vista humana,
observado desde la costa; que en su superficie
tan cambiante lleva una voz eterna,
que teniendo el encanto de los hombres, proviene
de la ira y el lamento de los dioses. Que es
su eterna costumbre aproximarse y permanecer
siempre en las orillas de las extensas tierras
del mundo, llamando a las gentes a su seno;
que acumula siglo tras siglo las lágrimas
de los cielos estremecidos, mas aquellas que
la desdicha de los hombres le transfiere. Que
a veces con una ronca y ahuecada voz, otras
con un furibundo y pesado tono, otras veces silencioso,
casi mudo, se deja oír . Que no se considera
en años su edad aproximada, y que
en épocas remotas cuando cruzarlo era
todavía un privilegio, algunas de sus aguas solían
aparecer ante los marinos en la forma de
una esbelta y rubicunda joven mujer;
otras veces, esas mismas aguas se transformaban
en largos desiertos inhabitables por donde corrían
los hombres en busca de alguna tierra prometida.

. . . . . .

Las aguas que nos arrastraban vertiginosamente hacia otras tierras desconocidas y lejanas, también terminaban en el lejano Mar.

Por eso allí llegaba nuestro llanto como una pequeña gota de rocío, a reunirse al de todos los demás hombres.

(¿ Pero cómo convencerme y creer que las inundaciones provenían también de nuestras lágrimas? . Si los dioses nos escuchasen realmente, ¿ permitirían que continuásemos llorando, que las inundaciones prosiguiesen hasta hacernos desaparecer por completo?) .
El deseo de encontrar una felicidad futura , aquellas cosas y verdades que todo el mundo puede amar , abiertas como una boca o una herida , nos impulsaba a concluir con ese nomadismo rutilante , signo funesto de la fatalidad y el destierro .
Nuestro llanto era tan débil que bien podía confundirse en los senderos , con el delgado torrente de las lluvias que fluye en la estación primaveral , culminando en el Gran Río .
Mas , esos corazones apenados cuyo profundo dolor estaba a la vista , palpitantes aún sobre las aguas , ¿ encontrarían los purpúreos nidos , los níveos cantos de los pájaros acuáticos ? .

¿ No estaríamos dentro de una gran ballena muerta ? .

**En los patios de las casas pueblerinas
de nuestras provincias, existían los viejos aljibes
ya en desuso, opacados por el viento y la humedad,
con elípticas inscripciones antiguas repujadas
sobre sus mosaicos. El interior de esos cilindros,
cuando su boca de entrada permitía que apenas
pasase un tibio rayo de luz solar, se hallaba
envuelto por amplias sombras grises posadas
sobre terrosos ladrillos largos y cruzados.
Entre las montañas y el pueblo pasaba el río;
en las orillas instalaban sus telares
las mujeres durante todo el verano, y sus casas
situadas un poco más hacia los valles
de donde partían los caminos, permanecían
casi deshabitadas durante toda esa época.
A pocos pasos de donde uno estuviese, siempre
había maíz y vino en abundancia. Un gran
cielo claro y límpido, arqueado contra el sol
del horizonte, era telón de fondo para el vuelo
de golondrinas y vencejos.**

Los ojos de mi amada, misteriosos y serenos, (a veces diamantinos, inauditos, curiosos) cuando lloraban, hacían pensar en determinadas situaciones del mar .
En memorables días cuando habitábamos esos pueblos provinciales, (donde a menudo se hablaba de los dioses) rodeados de valles encantados por la luna y aljibes fantasiosos, dentro de los cuales nos gustaba caer, yo no me alejaba de su lado y ella me cuidaba con una ternura de infinitas caricias y oportunos silencios. Permanecíamos sentados en un mismo sillón uno junto al otro, o echados sobre la alfombra en el piso cual dos estatuas móviles, observando una ciudad dentro de una botella de cristal, que a mi amada sorprendía sobremanera, hasta que el crepúsculo oscurecía nuestros rostros, obligándonos a levantarnos y recorrer parsimoniosos el pasillo desde la sala hacia las habitaciones.
Bien cierto es que la mujer adquiere su máxima belleza en el silencio. Ella siempre se paseaba por entre medio de todo como una sombra móvil iluminada por la penumbra.
Las visibles inundaciones provocaron en nosotros después de un cierto tiempo, una crisis en el carácter y una cierta desesperación en nuestro modo de concebir las cosas.
El brillo de la luna, benévolo, mágico, como un extraño y a la vez familiar duende, nos atraía con desmesura.

Pensábamos que es lindo vivir estrellado
como la luna, cada noche. Ella allá arriba,
siempre estrellada; parecería que todo
lo que se asomase y sostuviese desde arriba,
estuviera desde el principio por completo
estrellado.
(Habituados a una sensación de familiaridad
con las cosas naturales, alzábamos los ojos
en la azulada noche esperando pacientes,
los acontecimientos futuros).
Cuando los patios se cubrían de numerosas
hojas amarillentas, grandes y pequeñas, desde
los campos venía un olor a frutas secas que tanto
nos gustaba. (Alrededor de la luz solar y cerca
nuestro mostrando sus brillantes colores
volaban las libélulas , las nenúfares cultivadas
en los estanques, exponían sus hojas de flores blancas).
Entonces nosotros, mi amada y yo, regresábamos al frío de las
aguas, a soñar ocultos en el aljibe, desde donde
veíamos el esmerado cuidado que ponen el hombre
y el pez , en recorrer las aguas sin dañarse.

. . . . . .

Cuando asomamos nuestras cabezas, atravesábamos las altas cumbres, invadidas ahora por un intenso frío seco y ventoso, con rumbo a la región de las Ciudades Blancas. La fuerte agitación del oleaje conducía impetuosa y rápidamente nuestras balsas; la brusca explosión del viento nos estremecía, y nos elevaba cual títeres indefensos. Nos hacía recordar que precisamente no hay nada más contrario a la gravedad que las marionetas, pues la fuerza que las eleva y no las deja caer, es superior a la que las retiene en el suelo. Cruzamos el río de los Ancianos, donde flotaban hombres y animales con la cara disecada y blancuzca. Una toz seca sacudió nuestros cuerpos durante varios minutos. Con los miembros tiesos, encorvados, abandonamos nuestras balsas y continuamos la marcha hundiendo los pies y las cañas hasta el fondo de la arena. Divisamos las primeras luces y al anochecer, acampamos en la Ciudad Blanca del Oeste. Se cavaron fosas, se emplazaron tablas y se armó un refugio provisorio desde donde se divisaba toda la extensión del valle. Se hizo un gran fuego. Fueron acercados los machos cabríos desollados y las vasijas con el agua que manaba de las fuentes naturales. Muchos de nosotros se hallaban pobremente vestidos; gruesos jirones de ropa colgaban de cada cuerpo.

Los niños hambrientos bebían la leche a grandes borbotones y comían el pan de varios días dificultosamente. Un viejo sacerdote que nos acompañaba, al tiempo que abría una deshojada biblia, daba su bendición a nuestros alimentos.
El arroz, el queso y la leche de cabra eran devorados por todos.
La dificultad de conseguir alimentos era un obstáculo perenne para toda nuestra gente y se manifestaba sin cesar bajos las distintas formas de miseria y dolor .
Vestirnos, alimentarnos, descansar bajo un techo seguro, y en general todo cuanto nos remediaba del hambre y del frío, exigía un renovado sacrificio.
La procura de estos bienes, constituía tranquilidad de espíritu y cuerpo, antes y durante nuestros viajes.
Las mujeres descansaban su cabeza sobre los troncos de pino que ya no flotaban a la deriva, mientras los hombres se apoyaban inclinados sobre los techados de zinc; su sueño sufría interrupciones, repentinas convulsiones.
Los niños dormían con los ojos abiertos, aferrados a unos postes y parados: su sueño parecía demasiado tranquilo. ***Nos asemejábamos a esos náufragos que sorprendidos por el sueño en medio de los padecimientos, las angustias y la desesperación que ocasiona el Hambre, sueñan entre otras cosas que están sentados ante una gran mesa y comen opíparamente. Cuando despiertan están todavía más hambrientos y quisieran no haber dormido nunca.***

Mucha gente debilitada y pálida por la avanzada desnutrición iban en búsqueda de nuestros médicos. El tratamiento y la curación restablecían las fuerzas de los débiles pacientes, e imprimían otro rumbo a los irresistibles impulsos de muchos de ellos por abandonar el viaje y dejarse vencer bajo la pena y las aflicciones de cada enfermedad. En nuestra gente, en cada cuerpo y cada alma, dormían ocultos todos los sentimientos y todas las pasiones; todas las enfermedades, esperanzas y temores. Nuestros médicos, llegaban en cierto modo a constituirse en algo así como protectores o sacerdotes del alma de la población. Curaban sus enfermedades, detenían sus males. "Ningún hombre - solían contar - puede decir exactamente de qué padece, pero sí puede explicar qué siente. En general, hay quienes pretenden que un médico que siempre ha buscado las causas del dolor, haya llegado a una conclusión sobre las enfermedades, los males y la muerte." Numerosos experimentos les anunciaban lo que habían encontrado y sin embargo, transcurridos pocos días, esos mismos descubrimientos resultaban incompletos y pasaban a constituir, una pequeña parte de aquella verdad que, con frecuencia huidiza, ellos buscaban.

**“El dolor verdadero, el sufrimiento que no cesa,
no está en los que nos rodea sino en lo más lejano,
en lo inalcanzable. La gente piensa que duele
lo que está más cerca y todos quieren huir,
irse bien lejos . . . ” Muchos marchaban con sus balsas,
caminando o nadando, hacia la lejanía, y sin saberlo
hacia el peligro: las zonas de epidemias.
Allí el sufrimiento no cesaba, por el contrario
aumentaba. Era entonces cuando nuestros médicos,
de manera muy especial, hacían frente a la
silenciosa llegada de la muerte.**

**Nos habíamos dado cuenta de que teníamos
la buena suerte de no ser del todo tan desgraciados,
que lo que importaba era ese relámpago de esperanza
que en una breve luz algo nos hacía ver .
Y fuimos también concientes de nuestras dudas,
de nuestro nomadismo al establecernos en la Ciudad
Blanca temporalmente.**

Cuando el hombre se encuentra entre unas muy tranquilas y poco profundas aguas, es más oblicua su posición que en situaciones normales y se destaca su figura en el horizonte como un delgado faro marino, inclinado hacia Neptuno.

A sus pies, el hombre siente que la arena desaparece lentamente o bien, que es ligera y continúa al agua en sus movimientos; siente que los musgos verdosos se decoloran y oscurecen mientras flotan en la superficie junto a su rostro, como moribundos náufragos de un país ultramarino.

El sol brilla cálido y pesado con una luz uniforme y renovadora sobre las poco agitadas aguas; al igual que las estrellas cuando iluminan círculos humanos en la quietud de la noche.

La ciudad era oscura y oculta, extraña y sorprendente. Atravesada por la luna, se la veía clara y limpia, envuelta en una atmósfera humeante como un caldo vaporoso, bajo un cielo que no se veía, que desaparecía. Era bueno en esas horas, en aquellos días, acercarse unos a otros para protegerse; ver el humo y las cenizas que despiden las maderas al arder: el fuego.
Cuando algunas delicadas muchachas nocturnas pasaban con canastos de mimbre conteniendo frutas y galletas de trigo, la vida cobraba animación. Aquellos que antes de las inundaciones en las ciudades realizaban una ocupación que no les permitía disfrutar más que una parte de sus horas libres, siempre acababan encontrándose con alborozo junto a las hogueras.
Cuando algunos hombres se acercaban lentos y desesperanzados al fuego porque requerían calor, ya había muchas otras gentes allí; entonces apoyaban sus cabezas familiarmente sobre los hombros de quienes estaban más inclinados, acosados por el riesgo de no volver a encontrarse, y quedaban dormidos al amparo también del calor humano. Era una sensación ciertamente extraña y apacible, como la de quien cruzando desconocidos bosques en busca

de nuevas gentes y países, encuentra por el contrario un gran silencio donde reposar su fatiga.
Allí estaban, tiesos, duros como clavos;
se sostenían unos a otros, inconsolables.
Al calor del fuego reunían fuerzas y dormían sanamente.
El vínculo que esos seres se imponían en los momentos más críticos de un mundo apagado y desolado, se traducía en una mística de la vida, en una ceremonia del corazón.
Una extraña simbiosis de esperanza y agonía.

**Durante el día las cosas eran bien diferentes.
Las luces de las calles sembradas por el sol,
eran recogidas y devueltas por los ensombrecidos
ropajes de los transeúntes y los impermeables
carros de los automóviles, como se recoge y
devuelve fatiga en un espacio poblado y hervido
por la fiebre. El ruido era profundo e insistente,
y resonaba en cada una de esas almas. Ensordecidos,
los habitantes cuidaban tanto del vestido como
del cuerpo.
Teníamos entonces la sensación de haber sido
conducidos por un murmullo extraño, hacia
una plaza colmada de gente, que unas veces
hablaba en diferentes idiomas y otras veces
en el mismo.**

Las montañas del Norte mostrábanse imponentes ante nuestros ojos. La elevación del terreno en esas zonas hacía posible que las aguas descendiesen hacia las zonas más bajas y desprovistas de límites naturales, mostrándonos como una instantánea fotográfica, nuestra propia vida fugitiva. Si bien soportábamos los grandes aluviones (entre un sin fin de padecimientos) con cierta templanza, gran parte de nuestras ilusiones nacían del hondo recogimiento que proveen la memoria, la infinita lejanía y la encallada necesidad.

Nuestro encuentro con un ave negra que identificábamos como guía, y el seguimiento de su vuelo por largas horas hasta perderla de vista, nos investía del vigor necesario para resistir la desdicha. Evocábamos entonces junto a nuestros poetas, el sentido de liberación que provocaban en nuestro espíritu las montañas del Norte, hacia donde se dirigía y ocultaba ese pájaro ignoto. Era el cóndor . . . Estaba tan lejos de nuestras manos como la Justicia de los hombres .

La ensimismada disposición de las familias posibilitaba un ágil desplazamiento de las distintas embarcaciones, especialmente al salir de los grandes brazos de los ríos donde se reunían las mayores posibilidades de avería mediante el estrepitoso oleaje y la violenta acción del viento.

Al desplazarse juntos por las aguas, parecía tratarse más de un conjunto de comunidades que deseaban viajar unas al lado de otras como vecinos amistosos con una historia común, en paz y colaboración, que de una realidad comprometida con un futuro no tan próximo.
El transporte a través de las montañas era muy difícil; debido a la nieve acumulada sólo una pequeña línea náutica que comunicaba las ciudades entre sí, podía transitarse; avanzábamos tratando de quebrar la última resistencia que oponía la montaña: los escarpados cordones de durísima roca. Conociendo las dificultades viales, muchos optaban por recorrer los tramos difíciles a lomo de mula.
Desconocíamos si esos campos fértiles del Norte, cubiertos por una vaga y misteriosa vida de retiro, solitaria, serían el virtual anuncio de nuevas tribulaciones o la primer llama feliz de una caridad futura.
Pero nos acercábamos esperanzados a esas ciudades donde al igual que antiguas civilizaciones, un arte humanista vinculaba estrechamente las manifestaciones del cuerpo y del alma, y a su vez éstos con el Ser, con el mundo. Donde hasta se adornaban los sarcófagos con bajorrelieves alegres que representaban danzas, bodas, fiestas y cosechas, o sea, los símbolos de la fecundidad y la Vida.

**Bien podían entonces nuestras nuevas generaciones,
arrebatadas ahora a la muerte,
liberar la vida definitivamente de una nueva
agonía e infundir en nuestra gente un impulso
capaz de crear en el espíritu una verdad,
un gesto o un lenguaje que echase luz,
sobre el Símbolo oscuro de las inundaciones.**

Los delgados mástiles del mundo
silenciosos, inaccesibles
se elevan en la altura
no se mueven
jamás flamean.

**Mientras viajábamos, la secreta mudanza
que presentaban las cosas de nuestro mundo
parecía por demás extraña a su origen. Los
pequeños roedores de la tierra eran Grandes
conquistadores en sus cuevas, y los Grandes
pájaros de altura eran en los mares
por demás Ínfimos.
Lo que nacía, vivía imbuido de una mística
y un alma que apenas se parecían a la rusticidad
de su Forma; lo que moría, poseía en su decrepitud
el blanquecino vestido de una Antigua Pasión
consagrada a la belleza. Desde que partimos,
nuestros ojos iban descubriendo la Oculta
Mudanza de las cosas, la irreverente
transformación de lo viviente. Sin esa certidumbre,
hubiéramos creído que todo nuestro peregrinaje
había sido sólo un sueño.
Ahora esta nueva migración hacia las montañas
y ciudades del Norte, traía en nuestra imaginación
aquella blancura de las mañanas iluminadas con
olor a flores, que bastan para enamorarnos de todo,
de un celeste, de un manzano, de una piedra.**

Esos amaneceres bienaventurados
donde la Vida espera, con la misma mirada
con que la niña de los Cabellos de Ángel ríe,
al entrar el Alba por su ventana.

. . . . . .

En la desembocadura Norte del río, las aguas
se abrían en dos brazos que corrían paralelos
hasta que se juntaban y sumergían unidos
en la lejanía, donde una angosta faja luminosa
resbalaba sobre la superficie.

Las aguas corrían hacia el Mar .
Tal vez su misión, era remover la memoria
de los hombres a fin de que éstos,
no olvidaran el significado de la vida.

. . . . . .

Los olivos sacudían sus ramajes jugando
con los álamos; con un débil rumor de hojas
reverdecidas se movían en suaves oleadas
impulsados por el viento. Los cerezos y frutillas
en la brisa de la tarde parecían flotar en
una inundación de intensa luz, que envolvía
de fragilidad a todo el valle.

Los niños, navegando con suma lentitud
nos preguntaban dónde habían ocultado
los dioses la felicidad aquella, que tanto
prometieron a los hombres.
Las aguas recogían sus lágrimas . . .
En sus ojos comprendíamos que esos tiempos
de tristeza, cuando retornasen,
ya no nos causarían dolor.

Este libro se terminó de imprimir

en el mes de Marzo del año 1989

en la Imprenta del Autor
Concepción Arenal 4051
Buenos Aires - Argentina
Primera Edición

Fragmentos de un diario acerca de las aguas (Marionetas de la luna en las fuentes de agua)

Es una visión simbólica del mundo. Una reflexión sobre nuestro paso por la vida.